



¿ SERA POSIBLE ?

EL PREMIO A LA TRAIACION

Una Comisión Política Especial de la O.N.U. acaba de aprobar por gran mayoría de votos la proposición presentada por ocho repúblicas americanas encaminada a dejar sin efecto la resolución de 1946, que recomendaba la retirada de embajadores de las NN.UU. en Madrid, y a facilitar el acceso de representantes de Franco a los organismos técnicos de la comunidad internacional.

Cuando las NN.UU. tomaron su resolución de 1946, después de la famosa nota tripartita que dejaba entrever al pueblo español un horizonte de paz, se dijo que las sanciones entonces acordadas se acentuarían en gravedad si ven un plazo razonable al régimen político de España no evolucionaba hacia los principios de libertad y democracia amparados por la O.N.U.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

\*\*\*

Como se advierte fácilmente, el anterior comentario está escrito antes de conocerse el acuerdo de la Asamblea de la O.N.U., que no suponíamos tan inmediato. Apremiados por el tiempo, dadas las condiciones en que se hace nuestro semanario, nos decidimos a publicarlo sin modificación alguna, ya que el acuerdo de la Asamblea en nada cambia nuestro criterio.

Después del acuerdo de la O. N. U. sobre España



STALIN. — ¡Todo me lo dan hecho...!

El tomo tercero del libro blanco aparecido en Washington dando a conocer documentos oficiales hallados en los archivos de Berlín y relativos a la política exterior que siguió Alemania, entre sus dos terribles derrotas, desde 1918 a 1945, contiene, conforme se sabe, testimonios irrecusables de que la República española habría dominado la subversión surgida en 1936 de no mediar potentes auxilios de Hitler y Mussolini.

Sin embargo, el general Franco dijo en Las Palmas el 28 de octubre último que tales auxilios no pasaron de «aportaciones simbólicas». En el mismo discurso dió a entender que no se contentaría con ninguna satisfacción moral de las Naciones Unidas, a cuya asamblea aludió hablando de «perspectivas halagüeñas», y que, por encima de todo, deseaba dólares, ansia que le movió a rodear al presidente Truman de retenciones injuriosas: «los hombres elegidos en una votación que traiciona a quienes les votan», «los que engañan a aquellos a quienes se prometió obedecer y servir», los que con «malicia sectaria se reservan el torpedear lo acordado».

Plataforma anti-comunista

Goethe escribió: «Todos los caminos me fueron abiertos porque peregriné con espíritu de humildad». No es esa la senda de Franco. En Burgos proclamó que su principal obra había consistido en «conservar el espíritu religioso de España», y en Las Palmas se ha presentado como el salvador del mundo entero, apelando a la soladísima cantilena de haber sido el primero en batir el comunismo. Examinemos esta jactanciosa aserción.

El Gobierno contra el cual se sublevó no era comunista ni tampoco socialista; era, como mil veces se ha dicho, exclusivamente republicano —republicano burgués— y en el Congreso que lo sostenía sentábase dieciséis diputados comunistas entre más de cuatrocientos.

La Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, que sumaban casi cuatro millones de afiliados, hallábase regidas la primera por socialistas y la segunda por libertarios, con absoluta exclusión directiva del comunismo falto de organización sindical propia.

En proclama alguna dijeron los sublevados que se alzaban contra un comunismo inexistente. Eso se discutió después para la propaganda exterior. Al principio quisieron justificar su rebelión por necesidad de restablecer el orden que la República según ellos no sabía salvaguardar. Ni siquiera abominaron del régimen democrático y en más de un lugar los insurrectos gritaron ¡viva la República!

Esta tenía en contra a gran parte del ejército secundado por Alemania, Italia y Portugal. Ninguna nación de Europa quería suministrar abiertamente armamento a un Gobierno legítimo reconocido, a excepción del de Moscú, por todos los del mundo. Francia, que dos años antes había hecho afadir a su convenio comercial con España una cláusula concediéndole preferencia en la compra de armas, nos las negó cuando más las necesitábamos, no obstante pagárselas al contado, y llegó a prohibir que armas nuestras atravesaran su territorio desde Cataluña al País Vasco. Perdidos Irún porque fusiles y municiones remitidos desde Barcelona para defender la ciudad fronteriza quedaban detenidos en Hendaya.

Las primeras armas vinieron de Méjico —un cargamento que trajo el «Magallanes», pero el lejano Méjico no era potencia militar ni gran centro industrial. Premio o castigo. En circunstancias tan críticas, Rusia se avino a ayudarnos. ¡Deliramos rechazar su ayuda cuando todos nos abandonaban! La URSS entabló relaciones diplomáticas con nosotros después de Julio de 1936, y su primer Embajador, señor Rosenberg, llegó a España en compañía de varios jefes militares que, con otros llegados después, se incrustaron en nuestros ejércitos. Y empezó a llegar material ruso, pero con cuantagotas. Si Rusia lo hubiera mandado en abundancia, la victoria habría sido nuestra. Con menos de la mitad de lo que ha remitido ahora a los coreanos gratuitamente —y nosotros se lo pagábamos sin regateo— nos habría sido suficiente para triunfar. ¿Por qué lo escatimó, imposibilitándonos el éxito? Puede conjeturarse de cuanto a continuación expongo.

Por iniciativa oficial de Francia, aunque a instancia de Gran Bretaña, se estableció en Londres el Comité de No-Intervención, Rusia —he aquí un dato semiolvidado— formó parte de él. Cuando Rosenberg me enteré de semejante participación, no oculté mi extrañeza, expresada con palabras indignadísimas. A aquel señor, de aspecto raro y aire enigmático, parecieron impresionarle mis voces destempladas, mas en el fondo le producían risa.

Sin respetar el compromiso no intervencionista, Rusia siguió facilitándonos material, si bien con mayor cautela y en menor escala todavía. Italia y Alemania, también miembros del Comité, se suministraban a Franco con descaro y en proporciones mucho mayores. El famoso Comité servía de tapujo a otros países para encubrir su injustificable inasistencia a la República española. Rosenberg desapareció de escena, sustituyéndolo como Embajador su ministro consejero, señor Gaisky. Advertí a mis compañeros de Gobierno que tal disminución de rango en la Embajada constituía señal de que Rusia nos prestaría menos atención aún. Los ministros comunistas corrieron a contárselo a Gaisky, siéndome muy poco grata la queja de éste por ver en mí advertencia menoscipio personal.

RECOPIACION Los rusos en España por Indalecio PRIETO

Después de haber estado en Moscú, me enteré de que el material ruso que yo consideraba decisivo. El Embajador registró complacido mis manifestaciones de satisfacción. Dos días después volvió a verme, me pidió que abogara para que el Partido Socialista se fundiera con el comunista. Me negué y Gaisky reiteró sus ruegos, haciéndolos casi conminatorios. Porfió tenazmente, insistiendo que cumplía instrucciones de Moscú y que mi actitud sería allí premiada o castigada. No me persuadió. En una tercera visita, y sin referirse para nada a esa conversación, Gaisky me anunció que el material ansiado y ofrecido no saldría. Era el castigo.

Rusos y alemanes. SOBREVINO el ataque de la escuadra alemana contra Almería. Lo que con motivo de ese suceso ocurrió en el seno del Gobierno lo relaté en mi informe del 9 de Agosto de 1938 al Comité Nacional del Partido Socialista, informe que sacó de quicio a los comunistas al verlo publicado. En el prólogo de una segunda edición hecha en Méjico, y defendiéndome de un torrente de injurias del exministro comunista Vicente Uribe, escribí: «El día que la escuadra alemana bombardeó el puerto de Almería hice reunir precipitadamente al Consejo de Ministros para proponerle un ataque aéreo contra dicha flota, con toda la intensidad posible, que entonces podía ser grande, bien en las aguas por donde navegaban los buques agresores o en el puerto donde hubiesen buscado refugio. Se suspendió el Consejo sin adoptar acuerdo para volver a reunirse con el Presidente de la República. Cuando el Consejo se reanudó, fué el señor Uribe, el indomable guerrero, quien antecedió a todos para oponerse de modo rotundo y enérgico a mi propuesta. El y su compañero don Jesús Hernández, que en la primera parte del Consejo permanecieron silenciosos por carcer de órdenes, habían recibido ya la «consigna» del Embajador ruso. Hoy, después del pacto Hitler-Stalin, cabe explicarse la actitud de los ministros comunistas, que yo en un momento inexplicable aquella dramática mañana... Más tarde advertí la extraordinaria facilidad con que se

EL COMISCO EN FUNCIONES

Hay que unificar a Europa por Rodolfo Llopi

«No es estupendo ese modo de proceder? ¿que crítica política; que normas lógicas son las que determinan la conducta de las NN.UU.? ¿y qué se ha hecho de los Derechos del Hombre, tan solemnemente proclamados por ellas y tan ostentosamente escarceados en la España de Franco?». «Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

EN MÉJICO

Una avenida llevará el nombre de Pablo Iglesias

Ante numerosísima concurrencia se celebró el 22 de octubre en el Círculo de Bellas Artes de la ciudad de Méjico un acto de conmemoración del centenario del natalicio de Pablo Iglesias. Se observó que entre los asistentes figuraban la casi totalidad de los afiliados al grupo «Jaime Vera». Ocuparon puesto en el estrado, entre otras, las siguientes representaciones: Benjamín Tobón y García Treviño por los Grupos Socialistas de la República Mexicana; Vila Cuenca por la UGT; el doctor Almagro por la minoría socialista parlamentaria de España; Juan Molles por la Juventud Socialista española; Eulalio Ferrer Rodríguez por la Comisión organizadora.

También mandaron representación al acto el Centro Republicano Español, con Carlos Espía y Ramiro López; el Centro Andaluz, con Julio Comba y Mariano García; la Casa de Extremadura, con José Sosa y Celestino García, y otras entidades de la emigración. Abrió la parte oral, como presidente, nuestro compañero Antonio Ramos, quien dedicó un saludo muy cordial a los socialistas mejicanos y habló con verdadera emoción de Pablo Iglesias. Leyó Eulalio Ferrer unas muy bellas cuartillas de Rubén Romero. Hubo una buena intervención de Amós Ruiz Lecina en nombre del Partido, y el licenciado Carlos A. Madrazo, de los Grupos

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

SI Y NO

Un rompecabezas

El representante de los EE.UU. en la Comisión Política Especial votó en pro de la propuesta de los ocho, encaminada a reanudar relaciones diplomáticas normales con España. El representante de los EE.UU. en la asamblea general de la ONU ha votado igualmente a favor de la propuesta. El presidente Truman ha declarado que pasará mucho tiempo antes de que los EE.UU. envíen un embajador a España. A quien resuelva este rompecabezas, se le regalará un reloj de plata.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está en pie y además se la acepta en la sociedad internacional como si la hubiera ganado. ¡Solamente paradójico! El maquiavelismo de un soldado ensoberbido y vil, manchado por todos los crímenes y traiciones imaginables, no habría podido esperar nunca premio tan alto. Y en Moscú, el padre Stalin se frotaría las manos gozosamente.

EN MÉJICO

Una avenida llevará el nombre de Pablo Iglesias

Ante numerosísima concurrencia se celebró el 22 de octubre en el Círculo de Bellas Artes de la ciudad de Méjico un acto de conmemoración del centenario del natalicio de Pablo Iglesias. Se observó que entre los asistentes figuraban la casi totalidad de los afiliados al grupo «Jaime Vera». Ocuparon puesto en el estrado, entre otras, las siguientes representaciones: Benjamín Tobón y García Treviño por los Grupos Socialistas de la República Mexicana; Vila Cuenca por la UGT; el doctor Almagro por la minoría socialista parlamentaria de España; Juan Molles por la Juventud Socialista española; Eulalio Ferrer Rodríguez por la Comisión organizadora.

También mandaron representación al acto el Centro Republicano Español, con Carlos Espía y Ramiro López; el Centro Andaluz, con Julio Comba y Mariano García; la Casa de Extremadura, con José Sosa y Celestino García, y otras entidades de la emigración. Abrió la parte oral, como presidente, nuestro compañero Antonio Ramos, quien dedicó un saludo muy cordial a los socialistas mejicanos y habló con verdadera emoción de Pablo Iglesias. Leyó Eulalio Ferrer unas muy bellas cuartillas de Rubén Romero. Hubo una buena intervención de Amós Ruiz Lecina en nombre del Partido, y el licenciado Carlos A. Madrazo, de los Grupos

«Nuestros —se nos dice— no aprobamos el gobierno totalitario de Franco. Lo condenamos por ser un gobierno totalitario que pugna con nuestro espíritu, con nuestros métodos, con nuestras concepciones políticas elementales. Quisiéramos ver a España libre de él. Pero se la tiora y se le ayuda, cuando menos, no se hace nada para derrocarlo ni se le brinda oportunidad ninguna al pueblo español para que se libere. Cómo se conjuga tan sangrante contradicción? El sarcasmo culminaría si a Franco se le diese ahora ingreso, aunque fuese por la puerta de servicio, en los organismos dependientes de la O.N.U. invocando el pretexto vergonzante de que se trata de organismos técnicos. Tan inadmisibles sería ese acuerdo como el de levantar en 1950 las sanciones impuestas en 1946 que, inanes y todo, implican una sentencia moral contra Franco. No hace mucho que el presidente Truman afirmaba que entre el régimen de Franco y el de Hitler o Mussolini no había ninguna diferencia, lo cual es rigurosamente cierto. Pero si el acuerdo de la Comisión Política de la O.N.U. prosperase en la asamblea, el presidente Truman habría incurrido en un error gravísimo. Una diferencia fundamental habría que señalar entre los regímenes totalitarios de Hitler y Mussolini y el régimen igualmente totalitario de Franco, y es la de que mientras aquellos hicieron la guerra, la perdieron y fueron destruidos, Franco, que también la hizo, está



CONTRARRIPICA

¿Eso es todo?

Los señores de «La Batalla» — no me tomaré ya la licencia de llamarles amigos — que, por lo visto, estaban esperando ansiosamente mi caudalosa respuesta, en su número de 30 de octubre caen sobre mí arrojándose encima varias columnas de texto compacto que prueban, según ellos, mis debilidades comunistas de otros tiempos. Siempre es malo mentar la saga en casa del ahogado — que no soy yo — pero, en este caso, la imputación resulta algo peor que insolente: es estúpida. Veamos: se trata de una carta no mía, sino de la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E., dirigida al Comité de la Agrupación Socialista Madrileña y firmada por mí, a título de simple transista. Madridita y firmada por mí, a título de simple transista. Madridita y firmada por mí, a título de simple transista.

¿Eso es todo? Se preguntará el lector, un poco perplejo. Sí, eso es todo, y los señores de «La Batalla», por mucho que rebusen, no encontrarán un texto mío que demuestre que yo he defendido «celesamente la causa de Moscú y de Stalin». Si hay alguien que desde hace muchos años haya venido manteniendo una posición netamente anticomunista, yo soy uno. Yo no estoy de vuelta de la Meca anticomunista porque nunca fui a la Meca. Lo contrario de lo que les sucede a los señores de «La Batalla».

Peró, en fin, cortemos esta discusión que yo no he suscitado, que no conduce a nada y que a nadie le importa. Más interesante sería que los señores de «La Batalla» nos explicaran por qué obra en su poder un documento privado que sólo debía estar en los archivos de la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. o de la Agrupación Socialista Madrileña. Eso en el supuesto de que yo les quite tiempo para su tarea de unificación marxista, en la que les acompaña una espantosa soledad, no obstante su indomable perseverancia. Ahora mismo estoy colaborando con todas sus fuerzas una escisión en el Partido Socialista del Uruguay. Si no desunieran primero ¿qué diablos tendrían que unir ellos? — M. A.

APOSTILLAS

La concentración juvenil Socialista de Estocolmo

CON verdadero interés he leído los artículos, acompañados de fotografías, que a cerca de la concentración de Estocolmo ha publicado en EL SOCIALISTA el secretario general de nuestra Federación Nacional de J.J. SS., Salvador Martínez Dasi. Y los he leído con mucho interés por la importante significación que tiene esa concentración y por lo que como esperanza se nos ofrece para el futuro.

Todo cuanto concierne a las Juventudes me interesa sobremanera, pues aunque la edad ya me separó de mi actuación activa en ellas, sigo viendo en los jóvenes a mis iguales. Por tanto, no podía pasarme desapercibido el grandioso acto que acaban de realizar. A juzgar por la narración que de lo acaecido en el campo de Skarpnack nos ha hecho el compañero Martínez Dasi, ha sido este comienzo de la mayor importancia que se registra en la historia de nuestras Juventudes, lo cual nos muestra de manera evidente la fe que la juventud tiene en el Socialismo. Esta concentración ha mostrado ante los ojos del mundo que a pesar de la enorme hecatombe de la última guerra, a pesar de la gran demagogia que sin cesar despliegan los partidos que giran dentro de la órbita de Moscú, hay una juventud revolucionaria y democrática que resurge vigorosamente. No deja esto de ser muy alentador en una época como la actual, en que apenas han emudecido los clarines de la pasada conflagración y ya parece que vuelven a ponerse en marcha los nuevos jinetes del Apocalipsis. Las ansias de paz, de reivindicación y de democracia han quedado bien patentadas en la concentración de Skarpnack por esta juventud laboriosa que tan alto ha sabido poner el pabellón socialista.

En comicios de esta naturaleza es donde se forja la verdadera conciencia internacionalmente socialista. Se fraterniza, cosa que en nuestras ideas es esencial; se conocen de cerca los problemas que más preocupan a la juventud de cada país y, sobre todo, se aprende algo fundamental: a saber apreciar el carácter peculiar de cada Federación de las allí congregateadas; pues aun estando unidos todos por el mismo ideal, hay una diferencia notable en la interpretación de los problemas por razones de educación y de medio ambiente. Conociéndose lo más íntimamente posible es como mejor se puede hacer obra constructiva desde el punto de vista internacional. No bastan las Conferencias internacionales: son necesarios esta clase de comicios donde cada Federación presenta sus preocupaciones del momento y del futuro junto con su «folklore», sus diversiones, determinando

EN REQUERIDO DE ROMAIN ROLLAND

Ginebra (S.I.S.). — En la finca «Villa Olga», del pueblo de Villeneuve, donde habitó Romain Rolland, ha sido colocada una lápida conmemorativa en recuerdo de dicho ilustre escritor. Vivió allí Romain Rolland de 1922 a 1938, y durante este lapso de tiempo recibió innumerables visitas de eminencias mundiales, lo mismo que de modestas gentes. Se recuerda que por su casa pasaron, entre otros, Maxim Gorki y el Mahatma Gandhi. Finca enclavada en las orillas del lago Lemán, zona en la que se inspiraron personalidades del pasado tan fuertes como Lord Byron y Juan Jacobo Rousseau entre otros muchos que en ella permanecieron más o menos largo período, la estancia de Romain Rolland dio de nuevo a esta comarca la categoría de un centro espiritual que radió a todo el mundo.

con ello que cada delegación se encariñe con lo que en cada país divierte y preocupa a los jóvenes. Es así como la IJS forma un agradable concierto. Como corolario de las actividades llevadas a cabo en la concentración de Estocolmo, ahí está un valiente manifiesto del 17 de julio, donde, condensados en pocas líneas, figuran plasmados sus nobles anhelos de justicia, paz y libertad. Hay algo en dicho manifiesto que no podemos dejar de comentar el llamamiento al Gobierno soviético pidiéndole que abra las fronteras para que se le pueda hablar a la juventud rusa, ya que nada agresivo puede esperar de nosotros. Bien lo sabe el Gobierno soviético; pero, como toda dictadura, necesita una juventud envenenada por su propaganda interesada con fines diametralmente opuestos a los que se les predicaban. De ahí su horror a la libertad. Una juventud con derecho a analizar los problemas que conmueven a la opinión mundial no es una juventud manejable por dictadores.

En la cristalización de esta magna obra realizada en Estocolmo ha hecho una gran aportación de esfuerzos nuestra Federación, lo cual motiva una satisfacción para nosotros. No quiero terminar estas cuartillas sin declarar mi felicitación, noblemente sentida, a ese equipo de compañeros jóvenes que con una voluntad inquebrantable, sin algarabías de ninguna especie, trabaja día tras día en la modesta oficina de la rue de Taur formando la conciencia de los hombres de mañana. B. SIMO

Libertad y potencia económica caracterizan a los Sindicatos americanos. Un Sindicato es libre cuando no está sometido más que a la voluntad de sus miembros (y no de una patronal, de un partido político o de un gobierno). Esta tradición de independencia es tan antigua como el sindicalismo norteamericano, el cual, por otra parte, nació casi al mismo tiempo que la nación norteamericana misma.

Empero, las organizaciones sindicales en Estados Unidos no gozaron siempre de una potencia y de una influencia considerables. Al principio los Sindicatos tuvieron que luchar por el derecho de existir legalmente. Más tarde, se vieron obligados a desplegar grandes esfuerzos para lograr que fueran reconocidos por patronos individuales. Los derechos finalmente obtenidos en los dos últimos períodos no fueron a menudo concedidos sino tras largas huelgas, penosas y a veces sangrientas, que terminaban frecuentemente en una derrota descorazonadora. De resultados de estas experiencias, las organizaciones sindicales norteamericanas están imbuidas de un espíritu militante tradicional y conservan celosamente su independencia.

El derecho de los trabajadores para formar Sindicatos está hoy reconocido legalmente y como un principio fructífero en el campo de las relaciones industriales. Los Sindicatos no solamente fijan salarios y condiciones de trabajo mediante convenciones colectivas concertadas con los patronos, sino que ejercen también una presión política orientada a sostener o rechazar determinada legislación, candidatos a instituciones públicas o posición del Gobierno sobre cuestiones importantes. En la actualidad forman parte de los Sindicatos un número de trabajadores jamás conocido en la historia de EE. UU. El movimiento sindical estadounidense cuenta más de 15 millones de afiliados, en automóviles, textil, por ejemplo. Pero, a raíz de desacuerdos cobrados entre la FAT y los del CIO, varios Sindicatos fue-

EXPERIENCIAS LAS DOS ESPAÑAS DE MADRID por Francisco San Geroteo

El rey a de consolar, que'n la vértiz. — PASCAL.

SIN duda alguna la guerra que asoló a España en 1936-39 no fue solamente, como alguien ha dicho, una explosión normal de la tensión típicamente española. Sus raíces, más profundas, han quedado al descubierto más tarde, durante la última conflagración mundial. Ciertamente nuestro carácter, nuestra idiosincrasia particular, nuestra falta de tolerancia, han contribuido a fomentar algunas diferencias, conduciéndonos a veces a la intranquilidad política a un estancamiento que trabas de recuperar acelerando el desarrollo normal del proceso histórico.

Peró, a pesar de todo, como acertadamente señalaba Fernando de los Ríos en su conferencia de Méjico, «estuvimos a punto, por vez primera, de que se produjera un matrimonio de amor entre el pueblo y el Estado». Por consiguiente, la responsabilidad recae por entero sobre las clases reaccionarias del país, que, impotentes de frenar por vía legal la marcha moderada ascensional de la República hacia un más justo equilibrio económico, no dudaron en recurrir al extranjero en busca de la ayuda de aquellos que no sólo codiciaban nuestro wolfram y mercurio, sino nuestra magnífica posición estratégica para el conflicto que ya elaboraban sus Estados Mayores.

El «Manchester Guardian», en la época, publicó una fotografía que con Balbo y Mussolini tuvieron el general Barreira, Olazabal y Goicoechea. La creación en España de secciones falangistas, como la visita del vástago del jefe de la Unión Patriótica a Roma, no correspondían a otro objetivo que el de sincronizar movimientos similares en ambos países, que permitiesen por sus atentados, el desmoronamiento de la República, facilitando el asalto al poder para restablecer el orden violado por la plebe, y constituirse en salvadores de la patria malherida.

Iribarren, secretario del proponente de la quinta columna, describe en su libro «Con el general Mola» como el ministro de la Guerra en 1935 y su subsecretario, el general Franco, enviaron al mencionado general al protectorado con la misión secreta de preparar y tener presto al ejército colonial por el cual la patria le necesitara en la península. El viaje en último lugar de un «experto» en materia de pronunciamientos, el agraciado de 1932, general Sanjurjo, a Berlín, Munich y Hamburgo, era el último toque de preparación del conflicto. La campaña sediciosa de «El Debate» y publicaciones como el «Derecho a la rebelión» y otras de triste memoria, así como los atentados a Asúa, Castillo y Farando, eran la primera descubierta a las posiciones del Estado republicano.

En Madrid, nadie que no fuera el Sr. Casares Quiroga o sus convecinos podría dormir tranquilo con el oído frío comunicado recordando a los escépticos que el Gobierno era dueño de la situación. A pesar de eso, todo democrata sentía el cielo electrizado de pasiones que engendraban la trama, la intriga de esa vasta conjuración militar. España, inquieta, vivía vigilante, obsesionada por el pasado, pero a su vez confiada, puesto que el Gobierno contaba con medios suficientes y con la mayoría de los españoles para terminar con esas inquietudes e intrigas cuarteleras. No se hizo, por debilidad inoperante. España, dividida, se enfrentaba en los campos de batalla.

El espíritu glorioso de la epopeya numantina frente a Scipión, las paginas heroicas de Zaragoza ante las tropas de Napoleón, iba a vivirlos España de nuevo en la ribera del Manzanares. ¡Cómo no recordar en la heroica efeméride de la defensa de Madrid aquellos arrabales que durante años habían de ser el bastión de España! Arrabales llenos de recuerdos y aforanzas de toda la juventud madrileña... El Pardo, Peguerinos... hollados por moros y ejércitos mercenarios; las huérfas de Varela arrasando con «junkers» y tanques Ansaldo y caballería rifeña todos nuestros pueblos toledanos. ¡Cuánto heroísmo! Con un «No pasaran!» tratábase de cerrar el paso a la germanica Condor. Y con un montón de fusiles arrojados a la traición, los defensores de Madrid derrotaron en Guadalajara a los que sin gloria habían devastado Abisinia, encontrando en Trujillo y Brihuega su nuevo Caporetto.

El fascismo internacional retó al mundo democrático, y sólo España acudió a la cita de Madrid. Madrid vivía muriendo — como escribiera uno de nuestros clásicos — pero sin perder su ironía, su gracia natural. Hasta su corazón fue mutilado sin que la tragedia hiciera rendir su heroísmo. El

«Times», de Londres, publicó un llamamiento de eminentes católicos de las catedrales de Córdoba, Segovia y Granada, así como del ex ministro señor Ossorio y Gallardo, de particular interés por no ser testimonios de nuestros medios. «Una responsabilidad terrible pesa sobre aquellos que sin preocuparse de su conciencia ni de la ley han provocado esta guerra fratricida. Por razones de ética cristiana protestamos contra los abominables bombardeos de nuestro querido Madrid. Madrid atacado con bombas extranjeras, rodeado por un ejército colonial, herido en su propio corazón por la manzana de mujeres y niños; iglesias, hospitales, fábricas, barrios enteros lejanos del frente, destruidos sin piedad. Ante Dios y ante la Historia expresamos nuestro horror por estos crímenes.»

«¿Cómo resistió Madrid en esos días grises de noviembre? Faltaban tanques, aviones, cañones. Pero una barrera inquebrantable se levantó, de pechos descubiertos erguidos como gigantes, arrojando ser diemzados para que Franco no triunfara en el corazón de España. Madrid no fue la tumba del fascismo. Mas a duras penas pudo el mundo sacudirse de la hegemonía del nuevo orden. Varsovia, Londres y tantas otras capitales europeas conocieron la acción terrorista del triángulo Berlín-Roma-Madrid que con tanto ardimiento defendió Franco en 1941.

Los que defienden a Franco La dictadura de Trujillo sigue devorando víctimas

Del Boletín Latinoamericano que publica el C.I.O. en Nueva York, copiamos el comentario siguiente: con el dibujo que lo ilustra: Una vez más, por sobre el silencio cómplice o temeroso de las empresas de noticias internacionales, nos llega la nueva de otro asesinato en masa cometido por el más sanguinario dictador que ha producido la América en los tiempos modernos: el titulado Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, opresor de la República Dominicana.

A los cientos de víctimas que ya había causado esta sangrienta dictadura, baldón y oprobio de los países del Nuevo Mundo, hay que agregar unos cuantos nombres a la interminable red de víctimas. El sistema de asesinar rehenes o familiares cuando no se puede asesinar al enemigo, sistema que hicieran famosos las hordas hitlerianas en Europa, ha sido aplicado nuevamente por Trujillo. Como represalia por las actividades realizadas en el extranjero por el General Miguel Ramírez, el Dictador ordenó el asesinato del Sr. Porfirio Ernesto Ramírez y como un medio de ocultar al mundo esta nueva monstruosidad, el jefe de los sicarios trujillistas, el general de opereta Federico Fiallo, asesinó bárbaramente al Sr. Ramírez y a todas las personas que le acompañaban. Para evitar el ruido de las detonaciones, que delatarían a los vecinos esta nueva masacre, Fiallo y sus secuaces atacaron a las víctimas a palos y después dieron candelera al camión en que viajaban para hacer desaparecer las huellas del crimen. Las hazañas de la dictadura de Trujillo son bien conocidas y ya es hora que no se permita en los organismos internacionales, las Naciones Unidas y la Organización de los Estados Americanos, la presencia de los representantes de la más feroz y sanguinaria dictadura de los tiempos modernos en la América, que emponzoña con su aliento todo lo que representa justicia y democracia.



«Como resistió Madrid en esos días grises de noviembre? Faltaban tanques, aviones, cañones. Pero una barrera inquebrantable se levantó, de pechos descubiertos erguidos como gigantes, arrojando ser diemzados para que Franco no triunfara en el corazón de España. Madrid no fue la tumba del fascismo. Mas a duras penas pudo el mundo sacudirse de la hegemonía del nuevo orden. Varsovia, Londres y tantas otras capitales europeas conocieron la acción terrorista del triángulo Berlín-Roma-Madrid que con tanto ardimiento defendió Franco en 1941.

Venció Franco sin gloria entre escombros y muertos. Los vencidos quedaron impotentes, abriéndose la interrogante: ¿Y ahora, qué? Razonó tuvo Madrid de resistir. Enterrada en sangre la segunda República, abrióse de nuevo el camino a las más negras páginas de nuestra historia. Como en los mejores días de Carlos VI, de Fernando VII o del téntrico Felipe II, la sinistra historia de Torpedama iba a ser sobrepasada en la plaza de toros de Badajoz, en Montjuich, en Pozo Funeles.

Madrid no fue un hecho esporádico; fue un grito de alerta a un mundo adormecido; fue la más grandiosa manifestación contemporánea para demostrar al mundo que Franco solo podía gobernar a España con poderosos apoyos extranjeros y por la violencia de las armas. «Puede ser que un día comprendamos — escribió el señor Mauriac — que ese pueblo sufría y moría por nosotros. Dios quiera que no encontremos sus muertos donde tengamos que enterrar los nuestros.»

Así lo quiso el Destino, y el mundo sigue inerte contemplando los residuos de la tragedia. \*\*\* [Madrid, Madrid! Qué bien su nombre suena Rempeca de todas las Españas. La Tierra se desgarra, el cielo llueve; tú sonrías con plomo en las entrafas.] A MACHADO.

BILLETE

de F. Contreras Pazo

ESTE mes hemos celebrado el centenario del nacimiento de Pablo Iglesias. Pablo Iglesias pertenece ya a la Historia, pertenece ya a España. Por muy nuestro que sea, es tan de los hombres honrados de España como nuestro. En el escorial infecto de la España de hoy, el recuerdo de su acrisolada honradez debe de ser, a la piñuñeta del pobre hombre de la calle, cual el regalo de una flor de suave aroma. Pero, con resaltar su irradiación menor, tenemos nosotros muchas vidas que emplear que ofrecer al pobre pueblo español, cansado de la inmundicia y de pedestrista.

Tal la de don Dionisio Correas — y perdone el lector la solemnidad de este don para un socialista de cuerpo entero, en gracia a que fué mi maestro — paradigma de honradez, de hombría de bien, de elegancia espiritual. Apenas acababa sus clases en la Escuela de la Florida, de Madrid, don Dionisio, lentamente, en la calle de Carranza. Vivanse momentos de prueba para el periódico. Momentos difíciles, sólo para hombres de temple. Don Dionisio hacía de todo: su crónica pulcra, irónica, certera; la crítica de teatros; la reseña de una conferencia o un acto público y hasta, semanalmente, un artículo en que — eterno educador — intentaba convencer a los trabajadores de que el primer acto de manumisión consistía en manumitirse de sí mismos. «Defiéndame Dios de mí», escribía Lope, y no debía de ser original la fórmula; y don Dionisio insistía en su perenne luminisidad.

UN DISCURSO Pascual TOMAS en el II Congreso nacional de F. Ouvriere

En el II Congreso nacional celebrado en el Palacio de la Mutualidad, de París, los días 25 y 26 de octubre, por el gran central sindical francés Forco Ouvriere, estuvo presente, en nombre de la Unión General de Trabajadores de España, su secretario general, nuestro compañero Pascual Tomas, quien pronunció ante los numerosos delegados de los Sindicatos franceses allí concurridos un discurso concebido en los siguientes términos:

En nombre de la Unión General de Trabajadores de España, tengo el honor de saludaros con mis mejores pensamientos, seguro de que los delegados que integran este Congreso, los millones de camaradas cuya representación ostentáis formáis parte de la gran familia internacional de los trabajadores que ansian transformar desde su raíz misma el régimen de propiedad individual dominante en el mundo, substituyéndolo por un régimen de propiedad colectiva donde el hombre alcance la plenitud de sus derechos.

Estamos convencidos, además, de que, paralela a esa acción transformadora de la sociedad capitalista, sentis, como nosotros, la necesidad de liberar el sindicalismo organizado de toda dictadura personal y queréis afianzar sobre bases inmovilables el respeto a la personalidad humana, asegurándole a cada hombre el libre ejercicio de sus derechos ciudadanos basados en el respeto mutuo, sin cuya garantía pre-

múltiples, porque están formados de dos grupos o más de obreros calificados o semicalificados. Otros Sindicatos podrían más bien ser denominados Sindicatos semi-industriales, considerando que, si bien incluyen todos los obreros empleados directamente en la producción en la industria en cuestión, excluyen frecuentemente ciertos grupos de empleados técnicos y de oficina u obreros encargados de trabajos de entretenimiento, etc.

Aun después de su afiliación a la FAT o al CIO, el Sindicato continúa siendo autónomo. Ordinariamente cada Sindicato decide por sí mismo los métodos que debe emplear en las negociaciones colectivas con los patronos y posee el control exclusivo de sus finanzas. De igual manera, cada Sindicato escoge él mismo sus propios responsables. La mayoría de los Sindicatos celebran regularmente sus Congresos. Según una encuesta practicada recientemente, de un total de 196 Sindicatos nacionales 57 se reúnen en Congreso cada año y 72 cada dos años.

Un pequeño número de Sindicatos cuenta cerca de un millón de afiliados; varios tienen más de 500.000. Entre estos últimos se encuentran el Sindicato de choferes de camión y el de carpinteros, ambos adscritos a la FAT; los de obreros de la industria del automóvil y de la industria siderúrgica, pertenecientes al CIO; los de mineros y mecánicos, que al presente no están afiliados ni a la FAT ni al CIO. Alrededor de la mitad de todos los Sindicatos nacionales cuentan entre 10.000 y 100.000 adherentes.

Teniendo hoy más de 15 millones de miembros, los Sindicatos poseen cinco veces más de adeptos que en 1930, cuando la crisis económica condujo a un paro considerable y la organización en gran escala de obreros de la gran industria no había todavía comenzado. En la primavera de 1948, un sobre diez adultos (de 21 años en adelante) estaba afiliado a una organización sindical «amalgamada» o «de oficios» y 72 cada dos años.

MUNDO OBRERO La estructura del movimiento sindical americano

siones más diversas. Muchos de ellos son obreros calificados, tales como carpinteros, tipógrafos, albañiles, mecánicos. Otros tienen ocupaciones variadas en las industrias de producción en masa: factorías siderometalúrgicas de Pittsburgh, fabricas de automóviles de Detroit, industria textil de Nueva Inglaterra y del Sur. Otros están empleados en las redes ferroviarias, en líneas de omnibus, camiones de transporte, Compañías aéreas, así como en una gran variedad de servicios y en el comercio. La mayoría de los actores, músicos, a Sindicatos locales, a Federaciones de los Estados, asisten a esos comicios donde se determinan las grandes líneas de la política a seguir por los trabajadores organizados. Los Congresos discuten problemas variados, tales como la extensión de la organización sindical, las relaciones entre

ron expulsados de aquella, primero por un período limitado y luego definitivamente. En 1938 estos Sindicatos constituyeron oficialmente una Federación separada, que llamaron Congreso de Organizaciones Industriales. Al presente, la FAT manifiesta que ella cuenta de siete a ocho millones de afiliados, y el CIO declara que él tiene unos seis millones. En la FAT, lo mismo que en el CIO, un presidente y un secretario-tesorero despachan los asuntos corrientes. Es presidente de la FAT William Green, antiguo minero. Ocupa ese puesto desde 1924, año en que murió Samuel Gompers, fundador y primer presidente de la FAT. Es secretario-tesorero de esta central sindical George Meany, plomero de profesión. Philip Murray, presidente del Sindicato obrero de la industria siderúrgica, ejerce las fun-

ciones de presidente del CIO desde 1940. El secretario-tesorero de esta central sindical es James B. Carey, quien, en tanto que obrero de fabricación de aparatos de radio, participó activamente en la organización de los trabajadores de la industria radiofónica y eléctrica. Cada año la FAT y el CIO eligen, además de un presidente y un secretario-tesorero, un Consejo o Comité ejecutivo compuesto de representantes de sus Sindicatos afiliados. Estos Comités ejecutivos ayudan a cumplir las decisiones adoptadas en los Congresos anuales y a resolver cuestiones de política general que se plantean de tiempo en tiempo en el curso de los años. En el área local, lo mismo la FAT que el CIO tienen organismos municipales y comunales de los que forman parte sus Sindicatos afiliados. Por ejemplo, en Nueva York y en Chicago los Sindicatos de la FAT están representados en un organismo central que discute actividades y problemas locales. El mismo tipo de organización, aproximadamente, existe en diferentes Estados (Massachusetts, Florida, Ohio, California, etc.). Estas Federaciones de los Estados, de la FAT y del CIO, se ocupan de problemas que interesan a sus Sindicatos en el Estado en cuestión. Una de sus más importantes tareas es velar por que el Estado vaya adoptando leyes favorables al trabajador.

Los diferentes Sindicatos Nacionales son frecuentemente clasificados en Sindicatos de oficio y Sindicatos de industria. Sin embargo, existen hoy muy pocas organizaciones que pertenecieran netamente a una de estas dos categorías. Sería mejor llamarlos Sindicatos «amalgamados» o «de oficios» y 72 cada dos años.

Rectificando un error La U. G. T. funciona legalmente en Francia

La prensa y la radio han dado la noticia de haber sido disuelta en Francia la UGT. Con objeto de evitar confusiones, hacemos la aclaración de que esa medida no afecta para nada a la Unión General de Trabajadores de España en el Exilio, cuyas Oficinas Centrales están situadas en 71, rue du Taur - Toulouse (Hte. Gne.) - France, Sao Postal No. 20 - Teléfono OA. 42-97. La Unión General de Trabajadores de España en el exilio está autorizada a funcionar legalmente como entidad extranjera a virtud del decreto del Ministerio del Interior de 24 Diciembre 1948 aparecido en el Journal Officiel de la République Française el 6 de Enero 1949, página 304. Tampoco tiene nada que ver la disolución de un organismo titulado Solidaridad Española, con Solidaridad Democrática Española, que continúa funcionando en virtud de decreto del Ministro del Interior del 2 de Agosto de 1947 publicado en el Journal Officiel del domingo 11 de Enero 1948, página 386.

La clase trabajadora, que es en todos los países civilizados la columna vertebral sobre la cual descansa el armazón político, social y cultural de sus países respectivos, no podrá cumplir su misión histórica si no garantiza con el propio ejemplo la libertad de expresión de sus adherentes y si no acepta como carta fundamental de su razón de ser el respeto a las decisiones mayoritarias expresadas con todas las garantías de imparcialidad y libertad que exige nuestra democracia sindical.



## DESVIACIONES

# Los verdaderos reos de traición

Ideas actuales

## Las bases de la Democracia

por Francisco Domenech

## Carta de San Sebastián Un afortunado en las Afortunadas Carceller, el exministro falangista

San Sebastián, nov. de 1950

Si a Carceller le quitas su nombre y le quitas el apellido, quedará en el mundo, de haber estado, de no haberse ahogado como en justicia corresponde, el exministro de dicho apellido, prototipo de los gobernantes falangistas que saquean al pueblo español. Pero lejos de hallarse recluido en alguna prisión, goza de radiante libertad y exhibe con desdén las riquezas que, a base de colosales straperlos, amasó como ministro de Industria y Comercio.

A poco de dejar dicho Ministerio, y temiendo que en España diese vuelta la tortilla, se dedicó a enviar su capital a la República Argentina, para invertir allí en diversas industrias, pero después, desconfiándose de sus temores, hizo también inversiones en España.

Una de estas inversiones — fue carceleras o carcellerías — fue hecha en S.E.P.S.A. (Sociedad Española de Petróleos, Sociedad Anónima), conocida en los círculos bursátiles por «Petroliños» para distinguirla de C.A.M.P.S.A. (Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos, Sociedad Anónima), S.E.P.S.A., que posee un yacimiento en Venezuela y una refinería en Santa Cruz de Tenerife, ha ampliado ésta ahora merced a aportaciones de Carceller, su nuevo consejero.

Al visitar Franco la refinería, Carceller le sirvió de «cicerone». Franco pudo haberle preguntado: «¿De dónde has sacado tanto dinero para ser principal accionista de «Petroliños», si cuando yo te nombré ministro no tenías, ni habías tenido nunca, dos pesetas?». Pero la pregunta hubiese significado fingir excesiva ingenuidad. Franco y Carceller son tal para cual: dos cínicos. Además, Carceller, que, conforme demostró un periódico suizo recogiendo la confesión de sus latrocinios ministeriales, resulta un maestro en desvergüenzas, podía haber formulado al Caudillo otras preguntas difíciles de contestar, a poco que quiera guardar el pudor.

Antiguamente fueron llamadas Islas Afortunadas las del archipiélago canario. En la de Tenerife recibió a Franco el afortunado, al afortunadísimo Carceller, quien no es precisamente una isla volcánica, sino un islote de hielo, un «iceberg» que navega libremente por el sucio océano franquista.

El caudillo recorrió las Canarias, comenzando por Tenerife y terminando por Fuerteventura, donde sufrió su confinamiento don Miguel de Unamuno en tiempos del general Primo de Rivera.

¿Qué diferencia entre aquella dictadura y esta? Pisoteadoras ambas del derecho, a la le puede imputar más asesinato político que el de la ejecución de los infelices engañados en la artificiosa intención — trampa política — de Vera del Bidasoa. A la declaración de Franco, se le computan a millares asesinatos de tal naturaleza.

Lo de 1923, como lo de 1936, se llamó cruzada. Enlazándola con movimientos que también se denominaron así, escribió Unamuno en Francia, al volver de su destierro de Fuerteventura: «¿Imperialismo cristiano? ¿Mi reino no es de este mundo?, dice Jesús, y «el que a hierro mata, a hierro muere». ¡Imperialismo jesuítico de los Austrias! ¡Imperialismo luterano de los Hohenzollern! ¡Imperialismo cabalista y puritanesco de los Estados Unidos, imperialismo del dólar en el mundo en hojas del Antiguo Testamento! ¡Cruzada, cruzada, cruzada! ¿Y la cruzada? La cruz, la de Jesús, nada tiene que ver con esas cruzadas.»

La empuñada en Septiembre de 1923 fue menos sangrienta y menos deshonesta que la acometida en Julio de 1936. Bajo Primo de Rivera no hubo ministro alguno que se embolsara millones y más millones y que luego se atreviera a hacer ostentación del producto de sus robos, incluso ante el jefe del Estado. Entonces — confesémoslo — no hubo en el Gobierno ningún ladrón de la categoría de Carceller. Para que lo hubiese de tamaño magnitud era indispensable que mandase Franco.

Antón de IGUELDO

«...Y hemos vuelto a ver las estrellas brillantes» (DANTE)

«HI comienza la libertad.» Esta inscripción que, terminada la guerra, se encontraba a la orilla del Rhin, indicando a Francia, yo la he visto cerca de Trieste, en dirección de Italia. Mi pecho se descargó de un peso inmenso; respiré profundamente el aire, al fin libre. Y me dije: «¿Cómo es que se respira tan difícilmente en Bulgaria? ¿El aire no es el mismo? La respuesta es sencilla...»

Es que allí gravita el miedo. ¿El miedo? ¿Sabéis lo que eso quiere decir? Es lo que aniquila la dignidad, suprime la fuerza, la prudencia, la razón, el espíritu de decisión; todo lo que constituye la superioridad del hombre.

El miedo es un espasmo constante que contrae todos los pequeños vasos sanguíneos, enfriando así la piel, pues la sangre se retira a la red circulatoria interna, el corazón, oprimido, no late libremente; las funciones digestivas se desorganizan; los músculos se paralizan; un temblor general se apodera del cuerpo; la respiración se hace corta y difícil.

El miedo encadena el cerebro, desposeyéndolo de pensamientos y reflejos. ¿Qué no haría el miedo, puesto que bajo su imperio los animales más sangüarios realizan ante los espectadores asombrados los números más inesperados?

MI opinión es que, de las cuatro libertades previstas por la ONU, la más importante es la que garantiza la necesidad de liberar al ser humano de la coerción del miedo. Adquirida esta garantía, las otras libertades vendrán solas.

«Cada país tiene el gobierno que merece», dijo Bismarck. Sin embargo, en nuestra desventurada Bulgaria se han venido sucediendo gobiernos más incapaces unos que otros.

Empezaron los golpes de Estado en 1923, año durante el cual el «verdugo de los Balcanes», como le llamaba Barbusse, Alejandro Tzankoff, tomó el poder. La sucesión de Gobiernos no representativos, designados por el rey, abrió la vía al fascismo. Estos Gobiernos consintieron la entrega, de 1941 a 1944, a Alemania, de 20.000 judíos, de los que 13.000 fueron deportados. Sólo 70 de éstos volvieron.

La Cámara de los diputados acogió con aplausos frenéticos las leyes antisemitas y la declaración de guerra a Inglaterra y a América. Esta misma Cámara saludó con aplausos idénticos la derogación de dichas leyes y pidió el cese del estado de guerra con los ingleses y los americanos.

LEGO el día de la liberación. El 8 de septiembre de 1944 será una fecha memorable para el pueblo búlgaro. Memorable, pues todo el mundo pensaba que podría al fin respirar libremente y vivir una vida tranquila y honesta. Memorable también, ¡ay!, porque a continuación las esperanzas que inspiraba resultaron amargamente decepcionadas.

El 17 de septiembre de 1944 el presidente del Consejo leyó una magnífica declaración-programa para el futuro gobierno del país, firmada por los representantes de los cuatro partidos democráticos, entre ellos nuestro Partido Socialdemócrata. En seguida se comprendió que todas las directivas venían de Moscú y que el Gobierno de Sofía no tenía más que una obligación: obedecer ciegamente.

Teniendo conciencia de que no éramos más que unos figurantes en el Gobierno, hicimos esfuerzos para poner remedio en lo posible a las «faltas» y a las actuaciones de los comunistas, lo que condujo a la detención por la policía de varios de nuestros camaradas, así como la de miembros del partido agrario y de un gran número de anarquistas.

Desapariciones y persecuciones judiciales injustificadas se sucedieron. Abriéronse campos de concentración, invención bolchevique perfeccionada por los fascistas y los nazis. Las secciones de los comunistas de policía adquirieron proporciones inquietantes. Reinó en el país una Inquisición tal como ni la era pagana ni la era cristiana conocieron.

El Partido Socialdemócrata, impotente para superar la situación, convocó el 10 de mayo de 1945 un Congreso, en el cual decidió retirarse del Gobierno haciendo dimitir a sus dos ministros. Se dio comienzo a un combate titánico para la obtención de un Gobierno democrático y contra el terror. La rabia de los comunistas creció enormemente. Echaron a tierra sus máscaras. El ritmo de las detenciones se aceleró, especialmente contra nuestro Partido y el partido agrario.

POR haber divulgado un discurso del ex Secretario de Estado de EE. UU., Mr. Byrnes, yo fui detenido por las autoridades de la villa de Lovich y lanzado a las más sombrías celdas subterráneas, donde el día no se distinguía de la noche. Enjambres de ratas y de otros animales me llevaban a la desolación. Luego de haberme dejado tres días sin alimentos, comencé por fin mi interrogatorio, ¡y cuál no sería mi sorpresa cuando comprobé que había un voluminoso «dossier» contra mí! Como secretario del Partido Socialdemócrata e instructor de la Asociación de la Juventud Jean Jaurés, yo había hablado en diversas circunstancias contra el Gobierno, al que calificaba de terrorista. Yo preconizaba una verdadera democracia. Hablé de las posibilidades financieras económicas de la URSS y de América. Mis adversarios habían esperado su oportunidad; ahora tenía yo que pagar.

Bien que de origen búlgaro, poseía yo una nacionalidad extranjera. Mi legación hizo lo imposible para que se me calificara de «indeseable» y hacerme objeto de una extradición. Todo resultó vano. Estaba yo alcanzado por el artículo 5 de la ley de Defensa del poder popular, ley que preveía prisión de tres a cinco años y multa que podía llegar hasta 50.000 levas. Fue condenado al máximo de la pena, sin comprender los 84 días de prisión preventiva.

El 5 de agosto de 1947 me trasladaron a la cárcel central de Sofía, donde encontré más de 2.200 personas apiladas en pequeñas celdas. Se me hizo el «favor» de encerrarme solo en una celda de la octava sección penitenciaria, sin ropa blanca, sin libros ni periódicos, sin sol, sobre el cemento. Cada madrugada, entre las tres y las cuatro horas, así como por la noche, entre las diez y las once, se me hacía salir para lavarme y cumplir necesidades fisiológicas.

Tenia por vecino al líder del partido agrario Nicolás Petkoff, ya condenado a muerte, quien se hallaba solo en su celda y sometido al mismo régimen.

En materia de alimentación, se nos daban por día 300 gramos de pan que contenía 70 por 100 de maíz, y a mediodía y a la noche una agua caliente donde estaban remojadas algunas legumbres sin ninguna substancia grasa. Eso constituía apenas 600 a 700 calorías por jornada. No podía llevarnos ninguna alimentación del exterior. Permanecí en ese régimen exactamente cincuenta días, después de los cuales fui transferido a la sexta sección «en régimen libre» sin derecho a trabajar.

EN mi infortunio, tuve el consuelo de hallarme en la misma celda que el diputado agrario, escritor muy conocido y hombre de rara cultura, Triphon Kouneff, con el secretario general de la Liga de los Derechos del Hombre, Dr. Boris Petkoff, y luego con el ex presidente de la Cámara y ex ministro Nedelko Athanasoff.

El primer día me encontré con el líder de nuestro Partido Krestin Pastoukhoff, que tenía 75 años. Mis relaciones con este hombre de talento, historia viva del Socialismo y de nuestro Partido en Bulgaria, quedarán hasta mi último día como un lejano venturoso día de mi existencia.

El 28 de febrero de 1947, en medio de un frío de 17 grados bajo cero, 80 prisioneros, escoltados por 44 milicianos, fuimos enviados a la cárcel disciplinaria de Slivene. Iban con nosotros Krestin Pastoukhoff, enfermo con 39,5 grados de fiebre; Triphon Kouneff, de 70 años; Nedelko Athanasoff, de 71 años.

La distancia de Sofía a Slivene es de 400 kilómetros. El trayecto se cubrió en quince horas en vagones «gelidos» donde el frío nos tenía a todos desvelados.

Fue allí donde comenzó la verdadera inquisición. Por el menor motivo, e incluso sin motivo, era uno llevado a calabozos de cemento, sin luz ni aire, por espacio de cinco, diez o quince días. Después de lo cual se le aislaba por un período de unos dos meses, sin derecho a paseos ni a lectura, sin correspondencia, sin visitas. Las torturas eran feroces, cadecibles. Hubo casos de locura causados por torturas y casos de muerte producidos por hambre.

Fue a raíz de uno de estos feroces «tratos» cuando cesó de latir el corazón del gigante septuagenario Krestin Pastoukhoff, líder del Partido Socialdemócrata, hombre que tomó siempre la

defensa de la libertad y de la dignidad humana, ex ministro del Interior, abogado de primera fila, luchador implacable tanto contra la dictadura de derecha como contra la de izquierda, y de desinterés, a quien los fascistas habían tenido internado sin lograr destruirlo.

Esa loca, de las que salían palabras justas y humanas se había cerrado para siempre. Paréceme, no obstante, oír todavía sus bellas palabras. Se dirigió a mí en estos términos: «Cuando salgáis de Bulgaria, hablaréis de nuestro país y describiréis la situación, pero no diréis más que lo que se puede creer, pues la realidad parecería increíble.»

Y fiel a la palabra dada, no relataré todas las humillaciones y atrocidades a que estábamos sometidos. En cuanto a las torturas que sufríamos, las «Memorias de la casa muerta», de Dostoievsky, darían, en comparación, una pálida idea. Baste decir que a la pregunta hecha por un inspector de prisiones: «¿Tenéis algo que pedir?», una voz respondió: «¡Aire!»

SI hay algún pueblo que parece no preparado para un régimen de Derecho, el camino es educarlo en fuerza de civismo, virtud y lealtad por sus ciudadanos mejores, más cultos, más puros; no el camino del cuartelazo y la conspiración.

Naturalmente, y esto es otra cosa, que la Revolución propiamente dicha es en ocasiones necesaria; precisamente cuando es hollada la ley, cuando las garantías se anulan, cuando se traiciona a la democracia digna, cuando las puertas del progreso se cierran. Pero esa Revolución tiene su alta misión en restablecer el régimen de Derecho, o mejorarlo.

Hay que distinguir, pues, debidamente, todas estas cosas, y llegar al convencimiento de que el «paternalismo» y la Dictadura están fuera de toda civilización genuina del siglo de avance en que vivimos. Frente a ese arcaísmo absurdo está todo régimen de Derecho compatible con la dignidad humana.

Francisco DOMENECH  
La Habana, octubre.

«Le Populaire»  
va a publicar  
el libro de  
«El Campesino»

Noticia de particular interés para nuestros compañeros y amigos: Nuestro fraternal colega «Le Populaire», de París, diario órgano central del Partido Socialista francés SFIO, ha contratado en exclusividad para la prensa los derechos de publicación del libro de Valentín González, «El Campesino», (arreglo de Julian Gorkin), sobre la Rusia soviética, que está a punto de salir en librerías y ha sido leído y comentado en un subterráneo artículo por nuestro compañero Indalecio Prieto en el último número de EL SOCIALISTA.

«Le Populaire» comenzará a dar este texto el 18 de noviembre, añadiendo un artículo más a la innovación que recientemente ha realizado publicándose con seis páginas diarias e insertando artículos, informaciones y grabados muy variados que le precoran la verdadera impronta de un periódico moderno completo.

Imprimerie Spéciale de  
EL SOCIALISTA  
Gérant: R. DONAS  
80, rue Sainte - Marseille

TESTIMONIOS  
Yo he salido de las prisiones búlgaras  
por M. BEHAR  
Del Partido Socialista de Bulgaria

En el altar de nuestro corazón

En mi altar de sol, cara al mar...

Carra al sol, cara al mar... Y cara dura, porque la del Caudillo es indudablemente de cemento armado.